

jer, su vida miserable antes del cristianismo y su reparación por el amor divino.

Puso buen término al acto el joven doctor y colegial don Eduardo Zuleta Angel, con un discurso en que la erudición no empaña la elegancia del estilo; ni la alteza de las ideas impide el entusiasmo que brota de un pecho juvenil al pronunciar las alabanzas de su madre.

Así el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario celebró la grandeza de la Virgen Santísima, a cuya sombra ve crecer su gloria.

F. Q.

DISCURSO

DEL COLEGIAL PRESBITERO D. JENARO JIMENEZ
VICERRECTOR DEL COLEGIO EN LA FIESTA
DEL CONGRESO MARIANO

Los hijos del Colegio del Rosario, que se ufanan de serlo de la Santísima Virgen, ven llegar con júbilo infinito el momento de exteriorizar a la faz de la República su reconocimiento y amor a la que ha sido por tres centurias su patrona, su Madre, su bienhechora insigne. Con filial ternura, intentan revelar sus sentimientos en esta solemne ocasión en que el pueblo colombiano, en brillante certamen de fervoroso entusiasmo, se ha puesto en pie para aclamar a su augusta soberana y colocar una gema de amor en su corona.

Se precia este Colegio de pertenecer por múltiples motivos, más que ninguna otra institución, a la Santísima Virgen: a ella se consagró desde su cuna; tomó para sí su augusto nombre; escogió como emblema que lo honra y lo distingue su glorioso estandarte, que ya flota airoso sobre los muros venerandos de su fábrica, ya se ostenta como divisa reveladora de noble linaje y

altos pensamientos sobre el pecho de los colegiales; ya se recata idealizado en las acciones ejemplares y noble porte de sus hijos.

Bajo el amplio manto de tan excelsa patrona, soñó en su origen con una vida dilatada y gloriosa, con días de prosperidad y de ventura, con frutos excelsos para la religión y la patria.

Con visibles muestras de benevolencia y de amor, la Virgen lo acogió bajo su amparo, sentó en él complacida sus reales y lo ha colmado siempre de sus dones; es, para los alumnos que buscan albergue bajo su ilustre techo, el más dulce consuelo; abre los brazos para recibirlos; los atiende y acompaña solícita; los anima en sus desmayos; los consuela en las horas de prueba; los estimula en medio de las tareas; los acaricia y agasaja en todo momento; remplaza plenamente los mimos de la casa paterna y no los abandona cuando, coronadas con éxito las labores, salen de aquí a emprender las gloriosas luchas de la vida.

Al suave calor de su regazo ilumina las dóciles inteligencias y robustece las voluntades ingenuas de la juventud rosarista y, a la manera de Dios *mutifariam multisque modis*, cumple eficazmente su misión educadora como maestra soberana. La práctica, sin embargo, más grata a su corazón, con la que modela aquí de preferencia las almas juveniles es la diaria recitación del santísimo rosario, práctica que ha sido en todo tiempo como la base granítica sobre que reposa el Colegio.

Raras vicisitudes y orientaciones extrañas ha sufrido el Instituto en su vida secular, pero en lo que se ha mostrado siempre inmovible, en lo que no ha padecido ni tolerado cambio alguno, y por donde puede asegurarse que jamás consintió en abandonar su espíritu, fue y ha sido en la tenaz perseverancia con que se postra cada día ante su augusta patrona.

No sólo en los cristianísimos tiempos de la Colonia, cuando antes olvidaban las nobles familias de estos reinos las atenciones más urgentes y necesarias de la vida cotidiana, que dejar de congregarse para honrar a la Virgen María, cuando era una especie de impiedad e indicio de gente vulgar y mal nacida no rezar el Santísimo rosario; pero aún en aquellos días de embriaguez irreligiosa en que era considerado de buen tono alardear de disipación y de desdeñosa impiedad y, cuando tántos talentos imbuídos por las malas ideas dominantes rigieron los destinos de este cristianísimo Colegio, nadie fue osado a romper ni un solo día la secular tradición.

Esta ha sido a no dudarlo la cuasa primordial por que logró el Colegio en todo tiempo influir tan eficazmente en los destinos del país; por que sus hijos se distinguen, a más de sanas y sólidas doctrinas, con virtudes civilizadoras, con hábitos de caritativa tolerancia, y por su espíritu amplio y cristiano.

A más de que el amor a la Virgen Santísima es el sentimiento más hondamente arraigado en todo colombiano, especialmente en los años juveniles, no contaminados aún con el soplo letal de las pasiones o con el contangio de maleantes errores, y el bello ideal que arrebató el espíritu y lo retiene en las altas cimas de lo noble y de lo hermoso; el diario recuerdo y la contemplación de los misterios de la vida de Cristo, asociados por modo necesario a la vida ejemplar de la Virgen María, modela infaliblemente la voluntad, informa sus afectos y señorea sus actos.

Quien piensa a penas de cuando en cuando en las virtudes y en la obra redentora del Verbo divino o en su doctrina soberana, podrá no recibir sino impresión pasajera de admiración y respeto, sin eficacia ni tras-

endencia alguna; pero quien, con los ojos del alma y con el corazón no cerrado del todo al sentimiento, ve y admira—uno y otro día—los misterios de soberana belleza y de amor infinito del Hombre Dios y de su augusta Madre, es imposible que no sienta la razón iluminada con la luz de la verdad, el corazón abrasado por el divino fuego del amor, y todo el sér perfeccionado y apto para todo lo noble, grande y heroico.

Esto vieron las generaciones pasadas, y esto advertimos hoy en la gran mayoría de los rosaristas: salen a servir a la República, no menos que con los arreos de la humana sabiduría, con el atavío de sus múltiples virtudes. Fortalecidos van a luchar los combates de la vida, con los ejemplos de excelsa perfección que se acostumbraron a admirar en el Verbo de Dios humanado, cuando lo contemplaban o en el pesebre, o en la cruz, o subiendo modesto sobre las nubes del cielo para sentirse—victorioso del mal—a la diestra omnipotente del Padre.

Salen de aquí levantando el estandarte de la justicia, fruto el máspreciado y excelente de la caridad, resueltos en toda empresa, en todo tiempo y cueste lo que cueste a dar a cada cual lo que le corresponde.

Adquirieron tal rectitud de pensamiento contemplando asiduamente los efectos de la justicia eterna en las distintas manifestaciones de la vida de Cristo, ya cuando posponiendo los sentimientos más caros y legítimos del corazón se resuelve a causar hondo pesar a su Madre dilectísima, al iniciarse en el templo en los arduos deberes que le imponen el servicio y decoro de su Padre; ya cuando, obediente a los mandatos de legítima autoridad, por más que ellos estén informados por la violencia, sube al patíbulo y consuma el sacrificio que devuelve al Sér supremo los derechos que le habían sido arrebatados; ya cuando hace tomar asiento

a la humanidad a la diestra del Padre en la persona de su augusta Madre, haciéndola reconocer en el cielo y en la tierra como soberana de la creación entera.

Van los rosaristas cubiertos de un broquel que los hace invulnerables a los dardos que asesta el dolor a toda humana criatura; porque se glorían de imitar al varón de dolores que, desde los principios de su vida terrena, riega a su paso la tierra con su sangre, siente el tedio de las horas de soledad y de amargura, hace lucir sobre su augusta frente, en vez de corona de honor, la muy ignominiosa de punzantes espinas y echa sobre su carne inmaculada el vestido de púrpura de su sangre.

El alto concepto que tienen del dolor y la justa apreciación de las cosas humanas les hace gozar de las intensas alegrías de la paz que prometen los ángeles en nombre de Dios desde las alturas del cielo a los hombres de buena voluntad que militan en la tierra; la dulce paz que irradia sobre las ocupaciones y labores de Nazaret; aquella sobrehumana felicidad que difunde Cristo resucitado como gaje de la venturosa recompona de la gloria.

Este es el secreto de la grandeza del alma y de la heroica virtud de nuestros padres fundadores de Colombia, alumnos modelos del Rosario. Por ello fue su vida de ciudadanos y patriotas limpia de sórdidas pasiones, fecunda en obras de imperecedera y grata memoria; y bella y heroica su muerte, como la de los mártires de Cristo; por eso, según palabras de un hábil escritor que vosotros conocéis y recordáis con cariño «aquí recibieron la fortaleza de la virtud, que es la mejor fortaleza del valor; aquí meditaron sus deberes de ciudadanos y aquí juraron cumplirlos; aquí llegaron a la hora postrera a refrendar con el sacrificio

sus ideas, y de aquí se alejaron de la vida para marcharse a la inmortalidad».

Gloria y honor sean dados a la Virgen del Rosario, a la dulce y amada Bordadita, porque de manera tan honda imprime sólida virtud en sus hijos; porque con tan solícito empeño modela sus corazones conforme al arquetipo divino que ella adora.

Jesucristo es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; pero es Nuestra Señora—mejor conductor que el éter—quien la hace llegar al alma, venciendo con mano diligente los velos que se le oponen.

Jesucristo es el camino que conduce al hombre con su doctrina sobrehumana a la prosperidad terrena y a la dicha perdurable; pero la Virgen es el guía que enseña ese camino, que lo adereza y aplanar y da vigor al viajero para no decaer de ánimo en los días de calor y de fatiga hasta llegar al final de la jornada. Jesucristo es la vida; la vida del entendimiento, la vida de la voluntad, la vida del corazón, la vida sobrenatural del sér humano, del sér elevado por la divina gracia; pero es Nuestra Señora quien engendra en nosotros esa vida, quien la conserva solícita, quien la hace crecer hasta los límites de la santidad a que sólo ella supo llegar cumplidamente.

Y cómo no traer hoy a la memoria lo que he tenido ocasión de presenciar durante mi larga permanencia en estos claustros; cómo no dar público testimonio del amor que profesan los alumnos a su santa Patrona; yo los he visto acudir a saludarla cada día con cariño de hijos mimados y sensibles, invocarla en las horas de prueba; disputarse el honor de ofrecerle en los meses de mayo y de octubre las más frescas y perfumadas flores, y sé cual es finalmente el sentimiento con que le dicen el último adiós al abandonar la vida del Colegio. Y más tarde, cuando he tenido la triste misión

de acompañar a muchos en su hora suprema y de conducirlos, purificados de las inevitables manchas recogidas en el camino de la vida, a las eternas moradas de la gloria, cómo he visto reflejarse en sus semblantes y manifestarse en actos y palabras el intenso amor a la Santísima Virgen, el consuelo con que se confían a su protección soberana, la tranquila paz con que duermen en sus brazos maternos el largo sueño de la muerte.

Como han sido hasta hoy los rosaristas en su amor y devoción a la Virgen Santísima, así seguirán siendo en lo sucesivo mientras subsista el amado Colegio. Hondas conmociones harán tal vez estremecer y aun vacilar en lo futuro sus columnas seculares; vientos arrolladores del norte que amenazan agostar las selvas vírgenes de América harán quizás crujir el árbol de nuestra libertad....

Todo puede cambiar; pero quedará siempre al Colegio su nombre gloriosísimo y su amor inquebrantable a la Virgen del Rosario. Sus hijos, de pie, con altivez de héroes invictos, enarbolarán—entrelelazado con el pabellón tricolor—el estandarte immaculado del Colegio.

DISCURSO

DEL COLEGIAL DOCTOR EDUARDO ZULETA ANGEL
EN EL HOMENAJE DEL COLEGIO A MARIA SANTISIMA

Excelentísimos señores. Ilustrísimos señores.
Señoras, señores.

Por muchas y grandes razones estaba obligado el Colegio del Rosario a tomar parte en el homenaje que la cristiana República de Colombia le tributa actualmente a la Virgen María. Merced al amparo que le dispensara Nuestra Señora del Rosario, este claustro ha alcanzado una vida larga y fecunda en bienes para la